

# #MEGUSTA

TEXTOS DE ANA ROMERO

ILUSTRACIONES DE IXCHEL ESTRADA





**ANA ROMERO** nació en La Piedad, Michoacán, en 1975. Escribe narrativa y poesía para niñas, niños y jóvenes; ha publicado más de una docena de libros en ambos géneros, además de participar en varias antologías de cuento. Sus publicaciones más recientes son: *Sirena*, una novela sobre la imaginación y la discapacidad; *Cien dragones y una niña*, un cuento de hadas contado en verso, y *Nosotras/Nosotros*, un libro álbum en coautoría con Valeria Gallo, que busca romper con los estereotipos de género.

En 2011 ganó el Premio de Literatura Infantil Juan de la Cabada con el libro *Puerto Libre. Historias de migrantes*. Forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte desde 2019.

También es guionista de televisión, para la que ha escrito más de una decena de series y teleseries. Antes de ser escritora, estudió psicología y teatro, pero aunque siente una gran admiración por ambas disciplinas, siempre fue malísima ejecutándolas. Aunque no lo supiera con exactitud, siempre quiso escribir.

**#MEGUSTA**

Instituto Nacional Electoral

**Consejero Presidente**

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

**Consejeras y Consejeros Electorales**

Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña

Dr. Uuc-kib Espadas Ancona

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Carla Astrid Humphrey Jordan

Dr. Ciro Murayama Rendón

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

**Secretario Ejecutivo**

Lic. Edmundo Jacobo Molina

**Titular del Órgano Interno de Control**

Lic. Jesús George Zamora

**Director Ejecutivo de Capacitación  
Electoral y Educación Cívica**

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

**Titular de la Unidad Técnica de Igualdad  
de Género y No Discriminación**

Mtra. Laura Liselotte Correa de la Torre

*#MEGUSTA*

Primera edición, 2021

Textos: Ana Romero

Ilustraciones: Ixchel Estrada

Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez

Edición: Ana Arenzana

Investigación: María Elena Álvarez Bernal

Corrección de estilo: Martha Elena Lucero

Diseño: Juan José Colsa

D.R. © 2021, Instituto Nacional Electoral  
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,  
Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7

ISBN volumen impreso: 978-607-8790-43-2

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7

ISBN volumen electrónico: 978-607-8790-40-1

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

# #MEGUSTA

Textos de Ana Romero  
Ilustraciones de Ixchel Estrada

 COLECCIÓN  
ÁRBOL



# PRESENTACIÓN

*#MeGusta* es una propuesta literaria que se suma a la colección *Árbol* y que el Instituto Nacional Electoral (INE) pone al alcance de las y los adolescentes con la intención de difundir de forma sencilla y amena temas de formación ciudadana, valores democráticos e igualdad entre hombres y mujeres.

La Unidad Técnica de Igualdad de Género y No Discriminación del INE tiene como objetivo hacer extensivo a todas las áreas del Instituto y a los servicios a la ciudadanía, para su aplicación, el enfoque de derechos humanos y los principios de igualdad, paridad de género y no discriminación, para contribuir a que las personas, sin distinción, participen en las elecciones y sean parte de la toma de decisiones que las involucran.

La violencia de género a través de las redes sociales es un tema complejo y no siempre fácil de abordar, es por ello que el INE tomó la decisión de echar mano de una obra literaria con un lenguaje cercano a las y los adolescentes para reflexionar sobre los riesgos importantes que puede implicar el mal uso de las plataformas de internet, tecnología que en la actualidad es una herramienta indispensable en nuestra vida cotidiana.

*#MeGusta* es una historia de ficción juvenil que podría ocurrir en cualquier ciudad y país. Narra cómo una adolescente se enamora, cae en los engaños de alguien cuyas verdaderas intenciones la ponen en una situación de alto riesgo, y cómo sus amigos le advierten del peligro y la ayudan a librarse de él.

Más allá de la ficción, en la realidad existen muchos testimonios de adolescentes que viven tanto en zonas urbanas como rurales que lamentablemente han vivido situaciones similares. Nuestro objetivo es generar el diálogo sobre la violencia digital y empoderar a las y los lectores para que con libertad expresen sus vivencias y, sobre todo, tengan conocimiento de los recursos con los que México cuenta en la actualidad para prevenir y resolver situaciones de esta índole.

Este cuento es una oportunidad para disfrutar de un relato ficticio y hacerlo en comunidad. La historia puede ser atractiva para personas de cualquier edad; sin embargo, está pensada en particular para chicos y chicas de bachillerato, que tendrán la posibilidad de reflexionar sobre la importancia del respeto a los derechos de las otras personas en la búsqueda del bien común.

Las páginas finales del libro incluyen el apartado “Para reflexionar y dialogar”, destinado a que las y los adolescentes, solos o con el apoyo de alguna persona adulta cercana, reflexionen sobre la importancia de analizar el origen del grave problema de la violencia de género, y en concreto de su manifestación en las redes sociales. En este anexo se brindan también los referentes legales y las instancias que nos permiten denunciar estos hechos que contravienen los derechos humanos y, por tanto, los valores democráticos de nuestro país. Mediante la reflexión y el diálogo será posible plantear acciones factibles para su resolución y destacar que todas y todos tenemos el compromiso ciudadano de contribuir a la eliminación de la violencia contra las mujeres.

# #MeGusta



El parque estaba lleno a esas horas de la tarde: señoras que salían del trabajo, gente empujando el columpio de sus hijos, perros que corrían a oler a otros perros, parejas de estudiantes que entre beso y beso repasaban el verbo *to be*, y solitarios que buscaban el amor en el fondo de sus teléfonos celulares.

Erandi y Alfredo pertenecían al grupo de los que se daban besos al tiempo que hacían la tarea, mientras que Susana era de las que, entre meme y meme, video y video, trataba de ligar con algún ser misterioso escondido del otro lado de la pantalla.

Erandi y Susana eran las mejores amigas.

Alfredo y Erandi se amaban con locura.

Pero Susana y Alfredo se soportaban apenas, porque muchas veces *el otro* —¡qué concepto tan complicado!— interfería en la relación de amigas que, hasta antes de que Erandi se ennoviara, era perfecta.

Y no es que Susana y Alfredo se hicieran groserías o se desearan el mal, nada de eso. Más bien se podría decir que uno y una estorbaban a la otra persona. Aunque Alfredo fuera la suma de todas las virtudes, Susana no lo habría reconocido, para ella siempre sería el *intruso*.

La tarde en que esta historia empezó, estaban en el parque, ya lo he dicho. Susana quería que Alfredo se fuera a su casa para poder contarle a Erandi que desde hacía unos días estaba chateando con un chico espectacular que se llamaba Raphael, así con *ph*, como el cantante que le gustaba a su abuelita Esther, mientras que Alfredo quería que Susana se alejara de allí para invitarle a Erandi un agua de horchata.







El caso es que pasaba el tiempo y ninguno de los dos (Susana y Alfredo) daba señas de querer dejar el parque, pero Erandi, que era muy lista, se dio cuenta y adivinando los deseos de ambos pronunció las palabras mágicas:

—Alfredo, ¿por qué no vas por unas aguas de horchata en lo que le cuento un chisme a Susana?

—Cuéntamelo a mí también —protestó el chico.

—No puedo, es un secreto de amigas.

—¡Chale! —exclamó el pobre de Alfredo, pero no le quedó más que ir solito por las aguas de horchata. No había llegado ni a la esquina cuando Erandi le lanzó a Susana la orden explosiva:

—¡Cuéntamelo todo! —estalló.

—¿De qué hablas? —preguntó Susana con la única intención de alargar la llegada de algo que sabía que iba a disfrutar, como cuando se tarda para abrir alguno de los espectaculares regalos que siempre le da su abuelita. Un paquete de plumas para escribir cartas invisibles, un libro que se convierte en teatrino, una caja de herramientas para construir sillones junto al fuego, una estola mágica... Cualquier cosa podría caber dentro de una caja de regalo de la abuela Esther.

—No te hagas. Por los ojos de borrego que pones, y las risitas que sueltas cada vez que suena el grillo de las notificaciones, se te nota que algo traes.

—Adivinas el pensamiento. Pareces bruja —dijo Susana, divertida.

—Tal vez lo soy —respondió Erandi, y luego lanzó una risa *muajajá*, como de hechicera de película chafa.

—Pues resulta que en internet me encontré con un chico maravilloso: es guapo, listo y divertido.

—¿Y cómo lo sabes?

—Pues por todo lo que postea...

—¿O sea que no lo conoces?





—No... bueno, no en persona, pero siento como si lo conociera de toda la vida...  
—dijo Susana y luego lanzó un suspirito que, quién sabe por qué, a Erandi le cayó como patada en el hígado.

Susana le hizo el resumen en cuatro minutos: primero le había dado *like* a una *story*, luego siguió el vendaval de #MeGusta e incluso ponía corazones en las cosas que sólo a sus tías de Chilpancingo les habían parecido gustosas. Pronto se amigaron en todas las redes y empezaron a comentarse hasta los *test* para saber cuál tipo de pan eran; de ahí pasaron a los mensajes privados y ahora se escribían a todas horas.



—Se llama Raphael —remató Susana con un brillito en los ojos y pronunciando ese *ph* alargado, casi como un nuevo suspiro. La patada en el hígado se convirtió en agujero en la panza con todas las de la ley.

—Nadie se llama así —Erandi soltó el comentario cargado de sospecha, pero su amiga lo tomó como halago porque estaba en ese punto del enamoramiento en que todo suena a campanitas de cristal.

—¿Verdad? Sólo él porque es perfecto. Respetuoso, bromista, oye la misma música que yo, ¡incluso compartimos el gusto culposo por algunas rolas chafas y súper cursis! Además, está guapísimo, mira.

Erandi sólo alcanzó a ver un par de imágenes de un chavo como de su edad, pero tuvo que devolverle el teléfono a su amiga porque vio venir a Alfredo de regreso,

haciendo malabares con tres aguas de horchata. Bueno, dos y media porque una venía dejando un reguero por toda la plaza.

—Como no me crezca un tercer brazo de la panza, ésta es la última vez que me mandan solo por las aguas —se quejó Alfredo mientras miraba con tristeza el medio vaso que le había tocado.

Erandi y Susana dejaron para después el tema de Raphael y procedieron a hablar de las ventajas que ofrece el bolillo por encima de la telera, un tema en el que Alfredo tenía amplia experiencia.

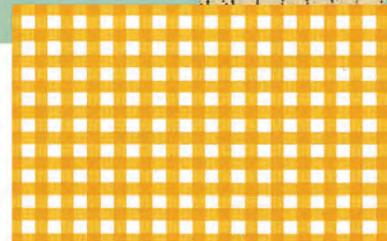
—Dirán lo que quieran, pero la telera es ideal para las tortas: está avalado por los mejores torteros del pueblo —dijo Erandi muy convencida.

—¡Estás loca! —protestaron al unísono su mejor amiga y su novio.

—El bolillo es mejor porque te puedes comer el migajón y queda una cunita para recibir montones y montones de relleno —enfaticó Susana.

—Exacto. ¿Sí te has fijado, Susi, que las rebanadas de aguacate embonan perfecto en el huequito? —completó Alfredo.

Quién sabe si a causa del enamoramiento de Susana o por las cualidades de tragaldabas que ambos tenían, pero aquella fue la primera vez, desde el ennoviamiento, que los tres volvieron a platicar y a reír juntos, algo que Erandi deseaba con todas sus fuerzas. Desde que se hizo novia de Alfredo, eso era lo que siempre pedía antes de soplarle a una pestaña caída o al lanzar una moneda en la fuente del parque, actividades que, como todo el mundo sabe, cumplen deseos.





Erandi se olvidó del pretendiente del celular. Estaba tan contenta que, sin proponérselo, arrumbó en un rincón de su mente la señal de alerta que se le había prendido cuando Susana suspiró, dos veces, por un tipo que no conocía.

Tiempo después se reprocharía haberse dejado llevar por su deseo cumplido aquella tarde en el parque.

Y mientras los tres ríen y platican de bobadas, nosotros iremos a echar un vistazo a la amistad de Erandi y Susana, para entender por qué la llegada de Alfredo marcó un antes y un después en su relación.

Las dos amigas fueron inseparables desde que se conocieron en la primaria. Lo usual era verlas juntas. Por más que tuvieran otras amistades y otros grupitos, siempre las dos eran como muéganos. Las unía todo: la música, su amor por los animales, su adoración por el *K-pop* y los libros



de vampiros. Pero sobre todo, las unía el sentimiento de sentirse feas y, por lo tanto, estaban seguras de que morirían sin haber tenido novio.

Susana es tragona y rellenita. Además, a principios de la secundaria le empezaron a salir barros, dos cosas que son tachadas como “una tragedia”, según una buena parte de las publicaciones que se comparten en *Insta*, *Face*, *TikTok* y otras redes, donde la moda exige que las adolescentes deben ser flacas hasta parecer esqueletos, y necesitan tener la piel tersa, blanca y, por supuesto, libre de barros, lo cual sólo se obtiene con el retoque digital. Por su parte, Erandi es alta alta alta, tiene los dientes separados y usa lentes. Tres atributos que jamás veremos en las fotos de “Las chicas más guapas de la temporada”.

En lo que ninguna de las dos se fijaba era que todas esas publicaciones que nos atacan tres veces por minuto y nos hacen sentir menos están hechas para vender algo: cremas, blusas, gimnasios, estatus, *likes*... Venden una aspiración imposible de conseguir, porque si se consiguiera, dejarían de vender.

El colmo llegó en el primer año de secundaria, donde las reglas sociales se convirtieron en una pesadilla por ver quién tenía el mayor número de #MeGusta y de seguidores. Sólo quienes consiguieran más pulgares levantados podían soñar con pertenecer a la enmarañada “alta sociedad” de la secundaria Leona Vicario.





Ellas no eran populares, la mayoría de sus #MeGusta venían de su parentela, así que todo les indicaba que estaban condenadas al fracaso social, algo en lo que ambas fingían desinterés, pero que en realidad y por más listas que fueran, las hacía sentir que valían menos. Por eso, así que como quien no quiere la cosa y casi sin hablarlo, entraron en el juego de los #MeGusta.

En la primera tardeada de la secundaria, Erandi y Susana pasaron dos horas esculcando en los clósets propios y los de sus mamás hasta dar con el atuendo perfecto que las hiciera ver, al mismo tiempo, indiferentes, sofisticadas, naturales, cuidadosas de su apariencia, rebeldes, bien portadas, estudiosas, reventadas... eran como 12 cosas y yo no sé cómo no les explotó la cabeza con tanta ecuación, pero consiguieron el resultado ganador y el día de la tardeada estaban que echaban tiros. Incluso bailaron un par de canciones con el grupito de los populares. ¿Lo habrían logrado? No lo sabrían hasta el día siguiente, cuando *todo mundo* (es decir, el alumnado de la secundaria) subiera fotos a las redes sociales. Sobre todo contaban los *likes* a las *selfies* individuales.

Paty y Teresita tuvieron como *dos millones de #MeGusta* (es decir, 67 y 68, respectivamente). Erandi tuvo dos: de Susana y de Alfredo, el chico recién llegado con el que las amigas apenas se habían empezado a juntar en los recesos. Susana tuvo tres: de Erandi, de su mamá y de un usuario llamado BTS4ever que nadie sabía quién era, pero tenía amistad en varias redes con muchos alumnos de la secundaria, sobre todo de tercero.

En vista del fracaso, Erandi y Susana hicieron lo que debían hacer: fingir que aquello no les importaba más que un pepino ya medio seco y olvidado en el fondo del refri. Armaron el Club de Chicas Leonas al que, para sorpresa de ambas, pronto se unieron muchas chavas de su salón. Pero lo que más las impresionó fue que Paty y Teresita se pegaron y desde el principio dejaron bien claro que también ellas se sentían feas. ¿Las guapas del salón? ¿En serio? ¡El mundo estaba loco!

El club era un éxito: jugaban Calabozos y Dragones, hablaban pestes de toda la gente mayor de 25, se quejaban de los chavos, montaban coreografías, se pasaban tips contra la piel de naranja, pero eso no pegó mucho porque ninguna de las participantes sabía bien qué era aquello.

—¿No será para evitar que una se ponga anaranjada? Como cuando se les pasa el bronceado a los galanes que salen en las revistas de mi mamá.

Como nadie supo dar razón, mejor se cambiaron a los consejos para hacerles “renovaciones totales a sus guardarropas”. Es decir, echaron a perder una media docena de pantalones y playeras que todavía estaban buenos.

Todo era felicidad.

Y entonces llegó Alfredo.

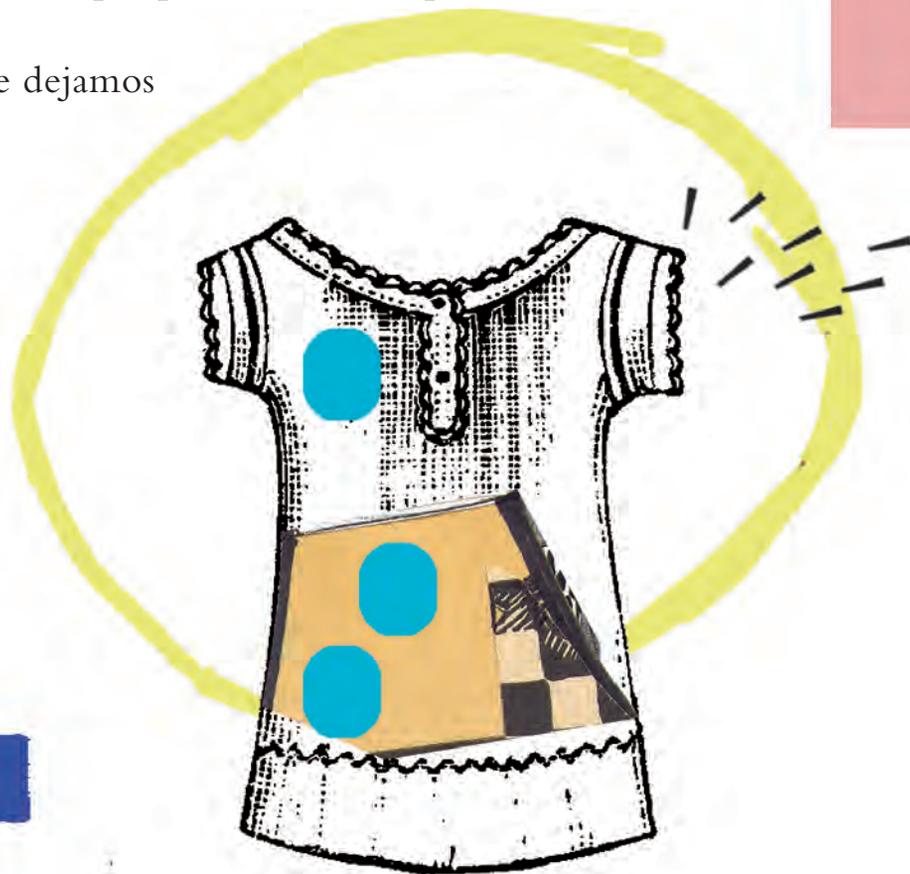
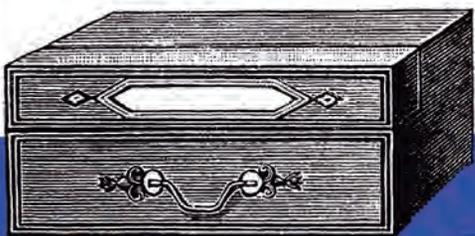
Bueno, no llegó porque ya estaba ahí y a diferencia de las historias de *amor a primera vista*, que son tan populares como escasas, lo suyo con Erandi fue *amor que quién sabe cómo llegó*, pero para cuando se dieron cuenta, ya estaban en el “¿quieres ser mi novio?”

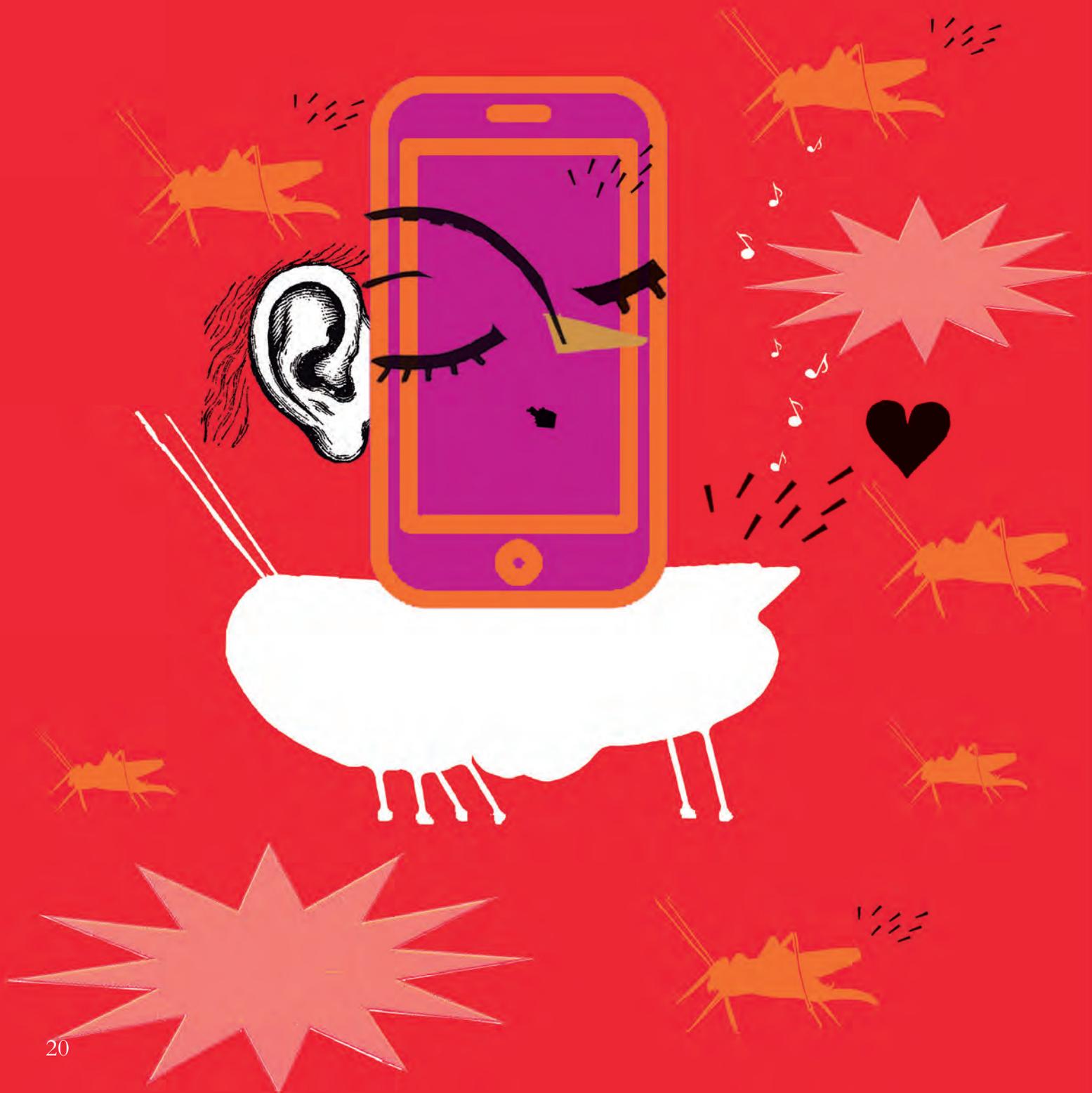


“qué bueno que me preguntaste porque yo no sabía si eso todavía se usaba”. Por supuesto, se ennoviaron en el parque, ¿dónde más?

Aunque los tres habían sido amigos por varios meses, desde que Erandi le dio la noticia oficial a Susana, su amiga se empezó a alejar de la recién formada pareja porque, al no estar hecha de palo, era natural que sintiera celos por el tiempo que antes compartía sólo con su amiga, por la atención de Erandi que hasta entonces tenía en exclusiva. Era natural sentirse un poquito traicionada y, en circunstancias normales, aquello se habría ido asentando con el tiempo; o tal vez se habría solucionado de golpe con un buen pleito y posterior reconciliación de las amigas, pero ninguna de las dos cosas ocurrió porque no eran tiempos normales.

Volvamos al momento en el que dejamos a Susana, Erandi y Alfredo, pero como son personas y éstas no suelen quedarse congeladas, ya no están en el parque sino en las Tortas Beto, donde fueron a dirimir la cuestión de las teleras y los bolillos.





“Cri, cri”, dijo el celular de Susana y la pierna con queso hasta se le atragantó por leer el mensajito, no fuera a ser que desapareciera si ella se tardaba medio segundo de más en verlo. Alfredo le peló los ojos a su novia, gesto universalmente conocido por significar “¿y ahora, ésta que se trae?”, Erandi le hizo un gesto de “luego”, él contestó con el ademán de “que conste” y así siguieron, comunicándose sin palabras, hasta que de las preguntas y respuestas pasaron a los guiños y a los besos sopladados, que es su tema de conversación preferido.

No podemos culparlos de no haberse dado cuenta de los tremendos rubores que iban y venían en el rostro de Susana mientras iba tecleando a velocidad supersónica. Tampoco notaron nada raro en la sonrisa de boba de Susi, sobre todo porque comerse una torta de Beto provocaba lo mismo en todos sus clientes. Así que se despidieron para que Erandi y Alfredo fingieran que todavía se les dificultaba el futuro del *to be*, y así caminar de la mano otro ratito.

Los días pasaron y todo seguía su curso normal, con la salvedad de que a ratos Susi estaba de un mal humor de perros, pero éste desaparecía cuando el grillito del teléfono soltaba su mágico “cri, cri”. Y así siguió hasta que un viernes, tarde de club, Susana volvió a plantarlas, pero a diferencia de las otras veces, ahora no avisó.

—¿Dónde andas? —le preguntó Erandi cuando su amiga contestó el teléfono.

—¿Por qué o qué? —respondió Susana a la defensiva, como nunca antes.

—Pues porque llevamos esperándote media hora y como no avisaste que no vendrías, pensamos que ahora sí te íbamos a ver. No me digas que se te olvidó que hoy teníamos reunión del club en mi casa.



---

---

—¡Ah! —Susana soltó con alivio—. Qué oso, estoy viendo que se me quedó el mensajito sin mandar, es que justo mi mamá me llamó para que sacara las galletas del horno porque iba a venir mi abuela cuando sonó el timbre y ¿quién crees que era? Pues mi abuela que traía un dolorcito de ciática y hubo que ponerle fomentos pero ya está mejor nada más que me voy a quedar con ella por si algo se le ofrece —soltó la mentirota como siempre solía hacer: mal.

Era muy obvio cuando Susana decía mentiras porque hablaba mucho y lo hacía sin pausas; pensaba equivocadamente que si hablaba sin comas, sería más difícil cazarle la mentira. Eso Erandi lo sabía porque sabía todo de Susi. Lo que resultaba una novedad era que le mintiera a ella, su mejor amiga.

—Ah, bueno, pues me la saludas y que se componga —Erandi le siguió el juego porque no estaba sola y eso había que arreglarlo frente a frente.

En casa de Susana no había abuela (ni tampoco galletas), lo que pasaba era que estaba teniendo, por mensaje, la enésima conversación sobre el mismo tema: ir o no ir con las Leonas.

—Pero, Raph, son mis amigas de la escuela y me divierto con ellas —tecleó Susi.

—Perdóname, bonita, es que quisiera que sólo te divirtieras conmigo. Pero ve, no puedo negarte nada —aparecieron las letras del otro lado de la pantalla.

—No, bueno, todavía tengo tiempo, ¿qué me ibas a decir?

—No es importante...

—Ya, dime —insistió Susana como siempre solía insistir.

—Pues mi papá...



K O H N U H  
B O O L P H





Si no era el papá, era la mamá o su cachorrito rescatado con la pata rota en mitad de la carretera, pero el caso es que, “de pura casualidad”, cada vez que Susana quería relacionarse con el mundo exterior, a Raphael le entraban unas ganas locas de confesarle algún problemón extragrande. Y ella, tan enamorada, decidía quedarse a leer las penas de su lejano amor en vez de salir a comer con su familia, al parque con sus amigos y menos que nada, al club con las chicas.

Era fácil darse cuenta de que Raphael la quería aislar. Pero claro, eso lo digo desde afuera, narrando la historia, porque en realidad, cuando una está en la mitad del torbellino es difícil distinguir cosa alguna, y Susana creía que todo lo que él decía era verdad. ¿Cómo iba a hacerle daño si juraba amarla con locura?

Lo único que la sacaba de onda era su reticencia a verse, pero incluso eso tardó mucho en reprochárselo porque comprendía que Raphael no pudiera hacer videollamadas, ya que en el rancho la señal era malísima. Tampoco se quejó de que le tuviera tirria a hablar por teléfono porque el chico detestaba su propia voz, lo avergonzaba. A ella le extrañaba que un ser tan perfecto tuviera fallas, y aunque su voz fuera idéntica al pitido del carro de camotes, a ella le habría sonado a terciopelo; pero por no hacerlo sentir mal, cedió también en eso.

También se creyó las enrevesadas historias que Raphael le contaba para no verse ni hacer público su noviazgo. “Tus papás me van a odiar porque dejé la escuela por





trabajar en el rancho de mi familia”. “Es que una chava que va en tu secundaria me acosa y si nos ve juntos, te va a hacer la vida imposible”. “Qué mala pata, voy a salir toda la semana a una feria ganadera”. Y así hasta aquella tarde.

—¿Me lo juras?! ¡Claro que me encanta la idea! —tecleó Susana con los dedos temblorosos por la emoción de, por fin, ver en persona a su *novio*.

En eso estaba cuando sonaron los dos toquidos de compromiso con los que Erandi solía anunciar su entrada a la recámara. Llegó con la mochilita que siempre llevaba cuando iba a quedarse.

—Aprovechando que es viernes, me vine a dormir por si necesitabas ayuda con Esther —dijo Erandi sin saludar, sin media sonrisa ni nada; que Susana supiera que estaba al tanto de sus mentiras.

—Eh... sí, pero se sintió mejor y prefirió regresarse a descansar a su casa... Ya ves cómo es mi abuela —Susana se entercó con la mentira.

—Y también sé cómo eres tú y cómo me estás queriendo ver la cara. ¡No fuiste por estar pegada al maldito teléfono! Mírate, ni siquiera ahorita puedes despegar la vista de la pantalla —a su pesar, Erandi alzó la voz más de lo que hubiera querido.



—Pues no, no puedo y aunque pudiera, ¡no se me da la gana! Tú menos que nadie tiene cara para decirme nada, ¡si estabas como idiota cuando empezaste con el Alfredo!

—Susana de plano explotó y a diferencia de su amiga, no sentía ningún pesar—. ¿O te creías la única con el derecho de tener novio?

—¿Así que es eso? ¿Celos? Susi, no manches, yo te quiero igual con o sin Alfredo de por medio.

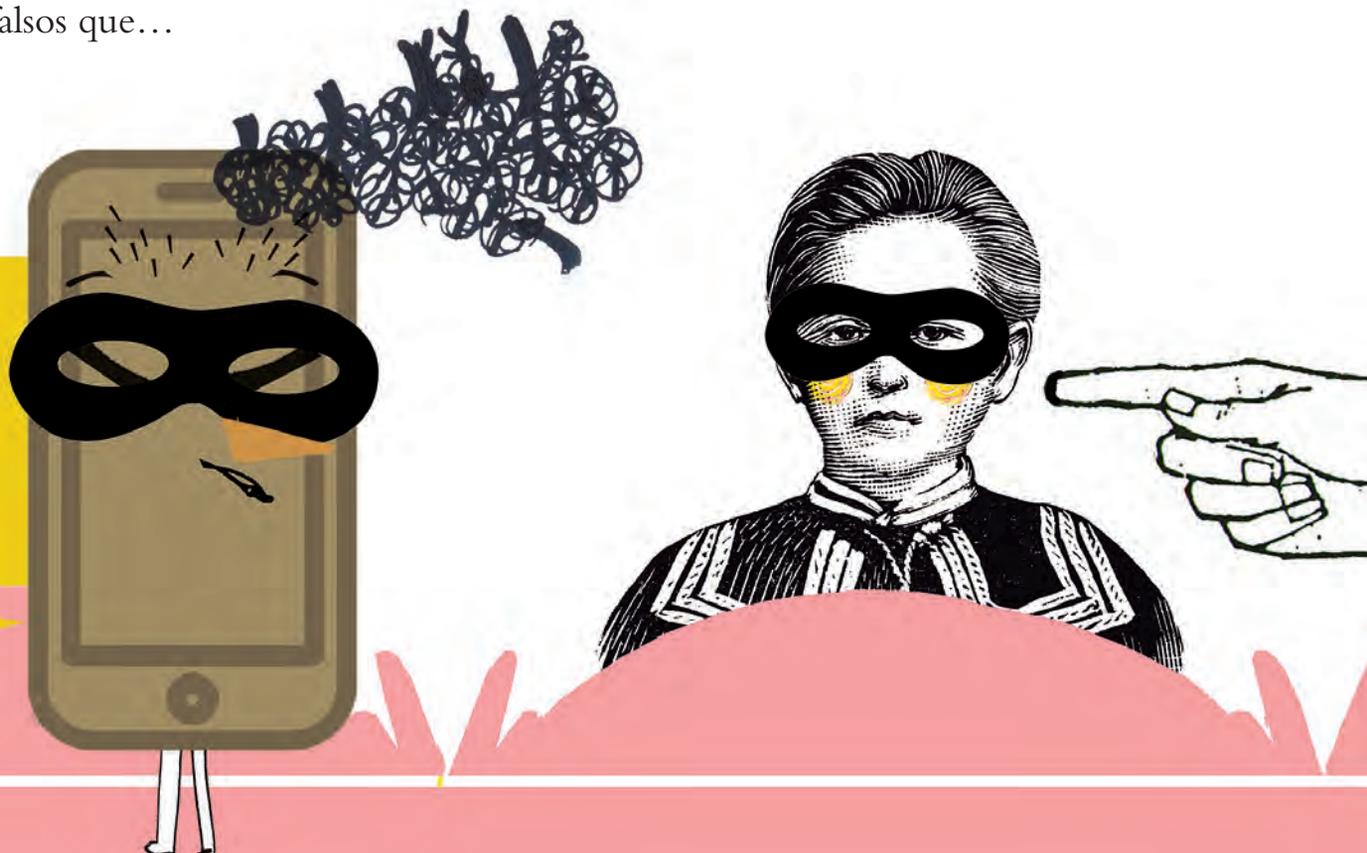
—Entonces bájale. No se vale que yo no tenga a nadie a quién contarle de esto, que es lo mejor que me ha pasado en la vida.

A Erandi le cayó el veinte: lo que menos necesitaba su amiga era un pleito. Su deber, y su única posibilidad de tomar cartas en el asunto, era estar a su lado.

—Tienes razón, *sorry*. Pero también tú, que ya no me cuentas nada, nomás te desapareces —le dijo, y Susana se dio vuelo con lo que era su tema de conversación preferido en aquel momento: Raphael. Entre suspiro y suspiro fue soltando los pequeños detalles de la imposibilidad de verse y hasta de hablarse.

Desde las primeras frases las alarmas se prendieron, pero Erandi esperó hasta que terminara para preguntarle, con todo el tiento del mundo y su voz más dulce:

—¿Y nunca se te ha ocurrido pensar que Raphael no existe? Ya ves que luego hay perfiles falsos que...



—¡¡¿Ves?!! ¡Por eso te huía! ¡Por eso no quería contarte nada! Ya sabía yo que me ibas a salir con alguna estupidez para arruinarme la felicidad —Susana la interrumpió a gritos y sólo de milagro no subieron sus papás.

—Perdón, perdóname, neta, no lo dije por molestar. Olvídalo, porfa, yo soy feliz si tú lo eres. Borra esa última frase y sígueme contando —Erandi trató de corregir.

—Luego. Voy a bajar a cenar con mi familia, ¿te quedas?

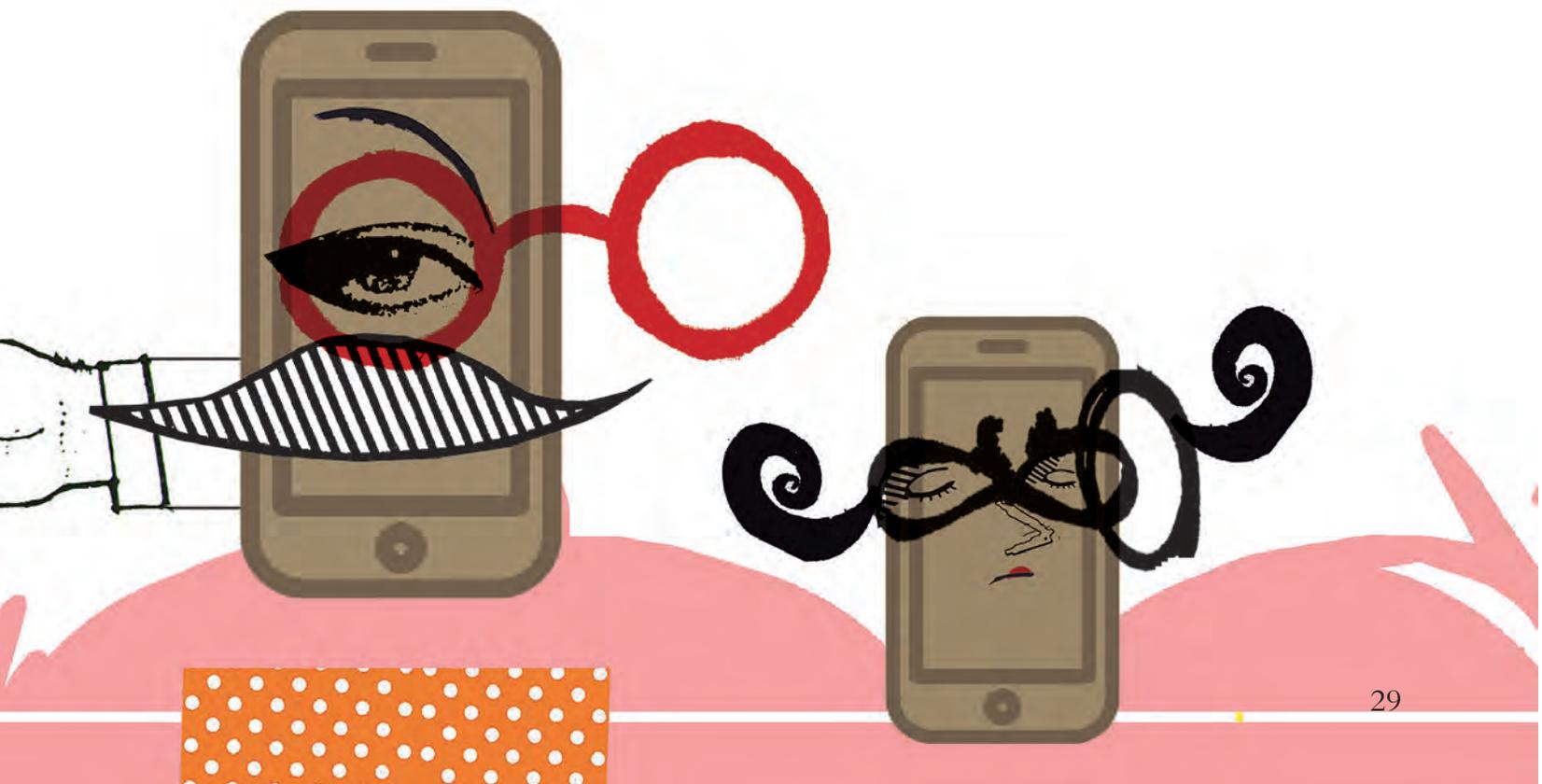
—No, se me hace que mejor me voy a mi casa. Pero, ¿estamos bien?

—Sí, no hay lío —dijo Susana y, claro, su amiga no le creyó.

—¿Pasas por mí a casa de la Susi? —Erandi le escribió un mensajito a su novio.

—¿Te da miedo que te salga la Llorona en las tres cuadras hasta tu casa o qué? Ja, ja, ja —todavía Alfredo intentó bromear.

—¿Puedes o no? —replicó Erandi y él comprendió que era algo grave.



Lo confirmó cuando la vio esperándolo en la puerta, con la cara más triste del mundo y una mochilita que hacía todavía más desolador el cuadro. Caminaron en silencio y Alfredo no dijo nada ni siquiera cuando Erandi, en vez de tomar hacia su casa, se dirigió al parque. Hasta que no llegaron a su banca favorita, ella se sintió lista para hablar y le contó todo desde el principio, luego habló de sus temores, y al final se reprochó a sí misma por ser tan tonta de dejarlo pasar.

—No te digas tonta porque no lo eres, ni tampoco Susi —dijo Alfredo—. Aquí el único que tiene la culpa de algo es ese mentado Raphael.

—¡No, no! Yo quería que me dijeras que estoy loca de celos porque mi amiga ya tiene novio, que veo moros con tranchete, que todo estaba bien y... —ya no dijo más, un nudo en la garganta se lo impidió—. ¿Ahora qué hacemos?

—No sé. Por lo pronto, estuvo chido no pelearte con ella, te necesita.

—Por eso no le insistí, pero ahora necesito comprobar si mis temores son reales o estoy loqueando.

—No creo, pero sí, mejor asegurarnos... Pero, ¿cómo? Si tan sólo conociéramos un buen *hacker* para ver qué se escriben...

—Yo me sé todas sus contraseñas —confesó Erandi—. Desde hace tiempo nos las compartimos, por si a alguna de las dos le pasa algo, la otra pueda cerrar todas las redes sociales antes de que los adultos lleguen al chisme. Pero juramos no usarlas si no era cuestión de vida o muerte, no voy a traicionarla.

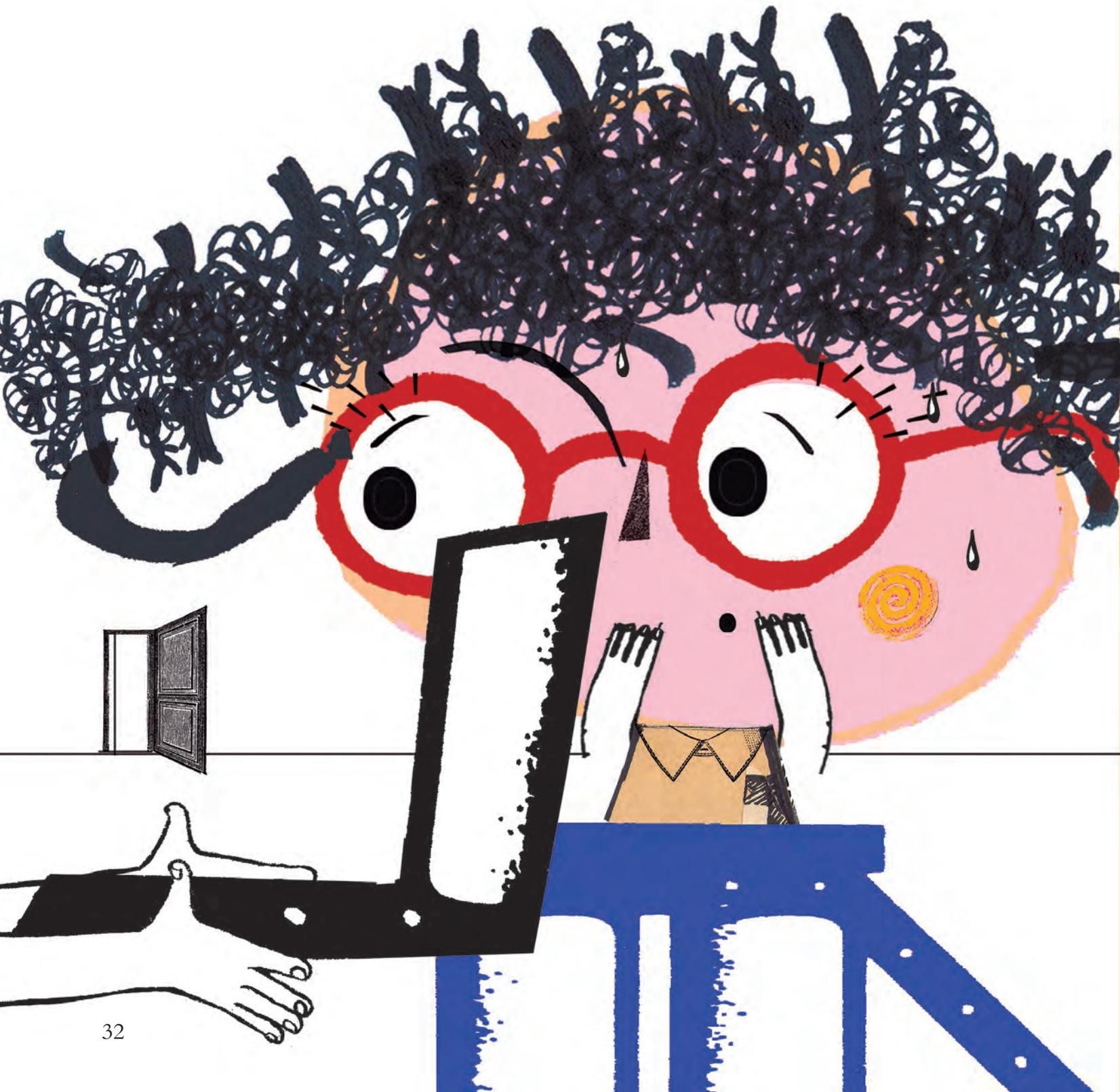
—Es que sí es cuestión de vida o muerte —dijo Alfredo y en verdad lo creía.

A la mañana siguiente, Erandi regresó a casa de Susana y lo hizo acompañada de Alfredo. Con el pretexto de que por ser sábado sus papás se habían ido a la barbacoa, que ella odiaba, se autoinvitó a desayunar.

—¿No te importa que me haya traído a Fredo? —le preguntó a su amiga.

—¡Para nada! Ya me resigné a tenerlo de cuñado —respondió Susi con su voz más feliz, como si nada hubiera pasado entre ellas. Erandi se angustió más.







Como habían planeado en el parque, Alfredo se ofreció a lavar los trastes a cambio de que Susana le fuera repasando sus diálogos de la obra que el grupo estaba montando para el fin de curso. Erandi le pidió prestada su computadora a su amiga para buscar e imprimir unos bocetos de la escenografía que les había tocado a ellas, pero que llevaba previamente impresos.

Ya en el cuarto de Susi, la falsa *hacker* rogó por el perdón de todos los dioses, nuevos y antiguos, y luego procedió a meterse a las redes sociales de Susana. El agujero en la panza se convirtió en sudor frío cuando, tras una búsqueda por imágenes, comprobó que las supuestas fotos de Raphael pertenecían en realidad a un chavo peruano que tenía sus redes abiertas y, por eso, robarle las fotografías era de lo más sencillo, tanto que Erandi pudo saber que, en ese preciso momento, estaba tomándose *selfies* en un gimnasio, tan tranquilo, ignorante de lo que estaba pasando. Haciendo clics a toda velocidad, notó que aunque no tenía información ni fotos personales, ni siquiera en su perfil, el usuario BTS4ever era amigo de montones de chavos de su ciudad y los alrededores; sobre todo tenía chicas entre sus contactos, pero no interactuaba con nadie, sólo daba #MeGusta a ciertas publicaciones. A Susana le había *likeado* todas las fotos y las publicaciones que se referían a sus preferencias en música, mascotas, libros... Con razón el tal Raphael tenía aficiones tan “similares”. O se trataba de la misma persona, o eran cómplices. Era tanta la desazón que le crecía por dentro, que Erandi no se fijó que se había tardado muchísimo más de lo planeado. Tanto, que no alcanzó a reaccionar hasta que Susana ya estaba a su lado arrebatándole la computadora con rabia.

—¡Eres una cochina traidora! —casi le aulló—. ¡¿Qué diablos estás...?!

Susana ya no pudo terminar la frase porque, al ver hasta dónde había llegado la metichez de su amiga, fue viendo las fotos de Raphael y del chico peruano, las ventanas abiertas en los distintos perfiles, la ausencia de pruebas de que conociera a la gente de la ciudad... El resto fue atar cabos. Por más que el amor la tuviera obnubilada, comprendió el engaño.

Alfredo asomó la cabeza por la puerta y se despidió con un ademán que Erandi apenas respondió, porque al ver a su amiga, con la respiración entrecortada y llorando unos silenciosos goterones, le quitó la computadora para abrazarla con toda su fuerza.

—Soy una imbécil, pero ese maldito desgraciado es un demonio —dijo Susana una media hora después, cuando ya había pasado de las lágrimas a los golpes a la almohada, seguidos de insultos a sí misma.

—¡Te prohíbo que te sigas insultando! No te confundas, Susi, tú no eres tonta ni mucho menos, eres la víctima —le recordó Erandi.

—¿Sabes qué es lo peor? Que no tuvo que chantajearme ni nada, es más ni siquiera podría haberlo hecho porque nunca me pidió fotos íntimas, a lo mejor si lo hubiera hecho, yo habría prendido las alarmas —dijo Susana con una tristeza desoladora—, pero fue al contrario, siempre se mostró respetuoso. Claro, el desgraciado me estaba tendiendo una red en la que yo caí creyendo que era amor. ¿Qué más podía ser si incluso me respetaba? Nunca me obligó ni me prohibió nada, sabía lo que hacía.

—¿Ves? No es que seas burra, es que él es un adulto que se sabe todas las mañas habidas y por haber. Ese gusano panteonero te enamoró, pero ve el lado bueno: aunque vas a estar triste por un tiempo, abriste los ojos y aquí se acabó —dijo Erandi.

—Sí abrí los ojos, ¡pero nada de que se acabó! Lo que no leíste porque el infeliz no me lo dijo en redes, sino en mensaje de celular, es que me citó hoy en la noche, “¡para darnos nuestro primer beso de amor!” —le explicó a Erandi con asco.

—¡No inventes! Eso está horrible. ¿Y si te quiere secuestrar o algo? Por supuesto que no vas a ir, ¡¿verdad?!

—Al contrario. Por supuesto que estaré ahí a las meras nueve. Y tú también —remató Susana con una determinación que su amiga no le conocía.







El parque estaba casi vacío a esas horas. O por lo menos aparentaba estarlo...

Según lo acordado esa mañana, las ocho integrantes del club avisaron en sus casas que irían al parque a reunirse con las demás. Era importante que todo mundo supiera dónde iban a estar. Dos de ellas llevaban a sus hermanas mayores y tres más a sus primos, a quienes no les dijeron gran cosa, salvo que “tal vez” necesitaran echar montón.

Alfredo convocó a sus dos mejores amigos, Armando y Felipe, a quienes sí les contó un poco de los antecedentes, pero a los otros chavos del equipo de básquet sólo les dijo que los necesitaba para hacer de guardaespaldas incógnitos.

Eran 18 adolescentes en total, estratégicamente distribuidos en el parque y calles aledañas. Apenas estaban terminando de esconderse los más rezagados, cuando Susana apareció. Iba guapísima e incluso despedía un brillo cada vez que su rostro se iluminaba con la luz del celular, que no paraba de manosear en espera de alguna notificación. Ésta llegó a las 20:54. Susana sonrió y se encaminó a la zona más oscura del parque, a la que daba una calle que bajaba desde la carretera y la cual, por supuesto, era la que más vigilada estaba.

A lo lejos se oyó un motor.

Erandi no pudo más y soltó el chiflido de arriero que la caracterizaba.

Todos la oyeron, incluso Susana, que palideció porque, aunque lo habían planeado a detalle, el pánico se apoderó de ella al ver de cerca el peligro que hasta ese momento se había quedado en el interior de una pantalla. Las piernas le empezaron a flaquear cuando la camioneta sin placas apareció por la callecita y se armó el griterío de chavos que organizaban sus movimientos. Susi trataba de abrirse paso entre el cerrado círculo que se había formado a su alrededor justo cuando la camioneta daba la vuelta rechinando las llantas. Un grandote seboso de unos 40 años mantenía la puerta abierta del copiloto mientras otro, igual de podrido, pero con cachucha, manejaba a toda velocidad. Cuando la troca iba llegando al final de la calle, varios ya corrían detrás, mientras otros tantos trataban de obstaculizarle el camino por delante.

Susana gritaba que la soltaran, que quería verle la cara al desgraciado.

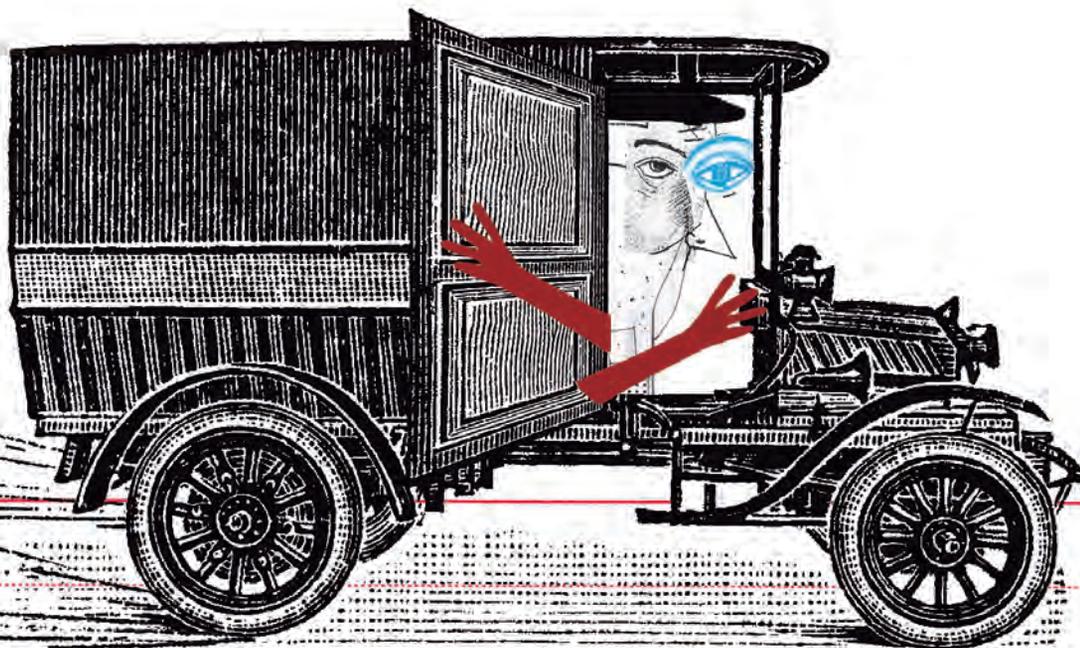
El círculo se abrió y ella pudo ver la verdadera identidad de su supuesto novio: un mamarracho seboso que la miraba con todo el odio del mundo.

Para ese momento ya se habían acercado las pocas personas que quedaban en el parque y empezaban a salir los vecinos, así que al ver aquel gentío, la camioneta aceleró con la intención de llevarse por delante a quienes le impedían el paso: todos tuvieron que saltar para no ser atropellados.

Alfredo y Armando llevaban sus patinetas y en un arranque de locura, intentaron colgarse de la caja de la troca para no perderlos.

—¡No! ¡Traen pistola! —alcanzó a gritar Teresita, que tenía el mejor ángulo y alcanzó a ver el arma. Justo a tiempo para que el plan de engancharse fuera abortado. La camioneta se alejó, pero antes hizo sonar el claxon al ritmo de un conocido insulto.

Cuatro minutos después, el parque volvió a quedar casi en silencio. Sólo se escuchaban los sollozos de Susi, mitad de alivio y mitad de agradecimiento hacia los 18 amigos que habían respondido a su llamada de auxilio.



Gracias a que Susana tuvo el valor de denunciar y facilitar las pruebas cibernéticas en su poder, aunado a la colaboración de su banda, las investigaciones rindieron frutos. Se descubrió que Raphael y el misterioso BTS4ever formaban parte de un grupo delincuencia que llevaba meses secuestrando adolescentes, casi niñas. Operaban por zonas y sólo hacían sus apariciones hasta asegurarse de tener al menos dos víctimas en determinada ruta. Mientras tanto, Raphael o Leonardo (otro de los muchos perfiles falsos que usaban) enamoriscaban a las “novias” y les daban largas para la cita.

Ese sábado no sólo Susana se salvó de un oscuro destino, sino también otra adolescente de un pueblo cercano, a quien “Leonardo” había citado media hora después, pero se quedó esperando porque después del incidente, los fulanos no quisieron arriesgarse. Sin embargo, insistieron en la farsa del novio y, con eso, sellaron su final porque una vez al tanto del *modus operandi* fue fácil seguirles la pista. Ya atraparon a los dos del parque, pero continúan las investigaciones.

Susana les mandó a los 18 unas canastitas llenas de dulces y una tarjeta que decía: “Gracias por estar y por enseñarme que una nunca está sola, siempre está la banda”.



Unos meses después, las pesadillas de Susana desaparecieron y el mundo volvió a sonreír.

Ella y Erandi atraviesan el parque, que está lleno a esas horas de la tarde. Se ven guapísimas, aunque su apariencia es la misma de siempre. Se dirigen a la tardecada mensual con la que, desde aquel penoso día, “Susana y los 18” celebran su triunfo. Van practicando porque Erandi insiste en que es imprescindible que su amiga sepa chiflar como arriero.

Erandi y Susana salvaron el obstáculo porque si su amistad ya era fuerte, con el evento se volvió inquebrantable, como ellas mismas. Tanto, que Susi y Alfredo volvieron a ser los compas que en el fondo siempre fueron.

Ambas salieron fortalecidas, decididas a plantar cara a lo que viniera, pero juntas. Pronto se convencieron de que la única forma de dejar atrás todo aquello y salir convertidas en una mejor versión de ellas mismas sería sacando algo útil y bueno para compartir. Y así lo hicieron. Junto con el Club de Chicas Leonas ahora rugen en manada y dedican una buena parte de sus esfuerzos a seguir investigando sobre violencia en redes sociales y, más aún, a compartir, platicar con otras chavas para prevenirlas, ofrecerles una guarida y dejarles saber que en casos como el de Susana, nadie tiene por qué estar sola.

Están a punto de cruzarse con Armando, que viene por una calle lateral todo perfumado, sin sus eternos tenis mugrosos y hasta peinado con gel, como la ocasión lo amerita. No es cualquier cosa haberse decidido, por fin, a invitar a salir a Susi. ¿Le gustarán las tortas de Beto?







# PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR



# ESTEREOTIPOS Y VIOLENCIA DE GÉNERO EN LAS REDES SOCIALES

Cualquier tipo de violencia es contraria a los derechos humanos y, por tanto, a los valores de la democracia. En esta sección ofrecemos algunos elementos de análisis para motivar y facilitar la reflexión y el diálogo sobre los estereotipos de género y el papel que juegan las redes sociales en la transmisión de mensajes nocivos y violentos que por este medio reciben las y los adolescentes.

En nuestro país se tienen importantes avances en materia legislativa sobre el delito de violencia de género. Muestra de ello es la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, así como la llamada “Ley Olimpia”, que integra un conjunto de reformas legislativas en varias entidades federativas, encaminadas a reconocer la violencia digital y sancionar los delitos que violen la intimidad sexual de las personas a través de medios digitales y que son considerados como ciberviolencia.



Un factor central es la reeducación libre de estereotipos para todas y todos, además de la información de alerta sobre el estado de riesgo que enfrentan las mujeres en una sociedad desigual y discriminatoria.

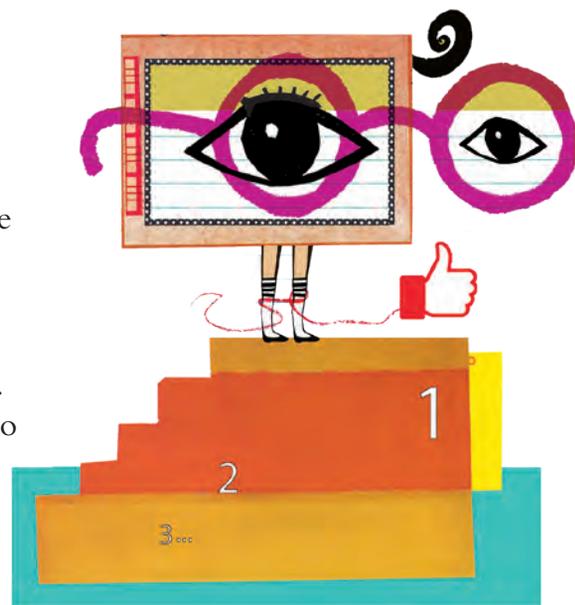
Si bien *#MeGusta* es un relato ficticio que ocurre en una ciudad, en la realidad existen muchos testimonios de jóvenes como las que aparecen en el cuento, habitantes de zonas urbanas y rurales, que lamentablemente han vivido situaciones similares. Con el fin de que esta historia resulte significativa para las chicas y los chicos de diferentes regiones de nuestro país, invitamos a las personas cercanas, como docentes y familiares, a acompañarlos en su lectura, disfrutar la historia, conversar

sobre los riesgos que corren en la actualidad, empoderarlos para que con libertad expresen sus vivencias y, sobre todo, tengan conocimiento de los recursos con los que hoy cuenta México para prevenir y, en su caso, resolver situaciones de esta índole. A continuación presentamos algunos conceptos importantes que se identifican a lo largo de la narración.

Los comportamientos estereotipados y los roles culturalmente asignados a hombres y mujeres limitan el desarrollo y las potencialidades de ambos. Muchos de los mensajes a los que hombres y mujeres adolescentes tienen acceso mediante las plataformas digitales manejan estereotipos de género y modelos de “belleza” enfocados a crear necesidades centradas en el consumo y la manipulación de conductas que devalúan y degradan la imagen e identidad femeninas.

Al igual que varias de sus amigas, Erandi y Susana estaban unidas por el sentimiento de sentirse feas, según una buena parte de las publicaciones que se comparten en las redes, donde la moda exige que las adolescentes sean flacas hasta parecer esqueletos, además de tener la piel tersa y blanca. Estas características físicas son referentes impuestos que distorsionan el concepto de belleza e imponen modelos únicos. Ninguna de las dos se fijaba en que todas esas publicaciones que nos invaden intensamente y nos hacen sentir menos, están hechas para vender algo.

La dependencia hacia internet se ha incrementado en todo el mundo para efectuar muchas de las actividades cotidianas de las personas, en especial de las y los menores de edad. Esto ha originado importantes riesgos y vulnerabilidades, abriendo paso a nuevas posibilidades para las actividades delictivas que no siempre se perciben en su magnitud real, en especial entre este grupo de edad. En este sentido, las herramientas electrónicas brindan oportunidades para explorar un mundo de datos y facilitar el contacto a distancia entre personas incluso sin que se conozcan. De manera paradójica, lo que puede apreciarse como un beneficio también resulta contraproducente porque con frecuencia hay quienes comunican información falsa o poco confiable y se permite el establecimiento de relaciones que pueden resultar riesgosas, en especial para las y los menores de edad.



En el cuento, Susana se encuentra con Raphael, un chico “maravilloso”: guapo, listo y divertido, cuya reticencia para conocerse personalmente ella acepta, aunque no le guste esta situación. Incluso tarda mucho en reprocharle esto, como también el que no la deje escuchar su voz ni acceda a hacer videollamadas. También cree las enrevesadas historias que Raphael le cuenta para no verse ni hacer público su “noviazgo”.

En México, la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia estipula que existen diferentes tipos de violencia contra las mujeres, así como sus modalidades en los ámbitos familiar, laboral, docente, institucional y en la comunidad: la violencia psicológica, la violencia física, la violencia sexual y cualesquiera otras formas análogas que lesionen o sean susceptibles de dañar la dignidad, integridad o libertad de las mujeres.

También se consideran como violencia digital las acciones cometidas a través de las tecnologías de la información y la comunicación, plataformas de internet, redes sociales, correo electrónico, aplicaciones o cualquier otro espacio cibernético que atente contra la integridad, dignidad, intimidad, libertad o vida privada, que vulnere algún derecho humano de las mujeres.

La violencia digital es entendida como los actos de acoso, hostigamiento, amenazas, insultos, vulneración de datos e información privada, divulgación de información apócrifa, mensajes de odio, difusión de contenido sexual sin consentimiento, textos, fotografías, videos y/o datos personales u otras impresiones gráficas o sonoras, verdaderas o alteradas.

En nuestra historia, Susana es víctima de violencia psicológica y digital porque su falso amigo Raphael la engaña enamorándola; pero, al mismo tiempo, él tiene actitudes machistas y manipuladoras porque sus intenciones reales son integrarla a una red de trata de personas.

Como parte de las características psicológicas de la edad, en la búsqueda de independencia y en camino a convertirse en adultos autónomos, con frecuencia las y los jóvenes comparten entre iguales sus sentimientos y problemas; incluso, confían



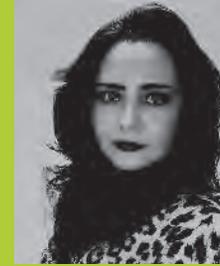
en resolverlos entre ellos mismos, pensando que pueden hacerlo con facilidad sin recurrir a los adultos. Lamentablemente hay factores externos que constituyen una amenaza a la integridad, generan situaciones de vulnerabilidad, se escapan de las manos y ponen en peligro a las personas involucradas, como le sucede a la protagonista de esta historia; pero, aunque el relato tiene un final feliz, debemos saber cómo reconocer los riesgos y buscar ayuda.

Gracias a que Susana tuvo el valor de denunciar y facilitar las pruebas cibernéticas en su poder, aunado a la colaboración de sus amigas y amigos, las investigaciones rinden frutos. Susana y Erandi, junto con el Club de las Leonas, deciden seguir investigando sobre violencia en redes sociales y orientar a otras adolescentes sobre los riesgos que corren.

Todas y todos los ciudadanos tenemos el compromiso de participar en la solución de los problemas que aquejan a nuestra sociedad; indudablemente, compartir las experiencias negativas puede contribuir a mostrar con el ejemplo los peligros que se corren en la actualidad, pero en definitiva hay que desistir de cualquier idea de hacer justicia por cuenta propia y conocer las leyes que nos protegen. Al menor indicio de peligro hay que echar mano de otras opciones más efectivas; en principio, comunicarlo a los mayores cercanos, acudir a la policía cibernética y denunciar ante las autoridades correspondientes.

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha declarado el 25 de noviembre como “Día internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer”, con el fin de llamar la atención de sociedades y gobiernos sobre la importancia de erradicar la violencia contra las mujeres en todos los ámbitos de convivencia. Como ciudadanos y ciudadanas debemos sumarnos a esta lucha, estar más conscientes de nuestras relaciones personales, ser más empáticos y solidarios en el rechazo de estereotipos de cualquier índole y combatir la violencia de género en cualquiera de sus manifestaciones.





**IXCHEL ESTRADA** es una ilustradora mexicana que colabora desde el año 2000 en libros, revistas, cortos animados, publicaciones independientes, instituciones y editoriales como *Premiere*, Santillana, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, *Mundo Médico*, Richmond Publishing, *Expansión*, Oxford University Press, PUEG, *Nueva Sociedad* (Argentina), *Avianca* (Colombia), Museo Universum, *KM cero*, *Viento en vela*, *Chilango*, *Algarrabía*, *Letras libres*, *Tierra adentro*, Programa Alas y Raíces del Conaculta, entre otros. Cuenta con 19 libros ilustrados en el Fondo de Cultura Económica, Alfaguara Infantil, Castillo, SM, Ediciones El Naranjo, RBA Libros, Serres, Serpentina, Colofón, Océano, Chuen México, Pearson, Edelvives y Norma, con títulos traducidos a otros idiomas y publicados en otros países como Taiwán, China y Corea, además de ser parte del Programa Bibliotecas de Aula de la SEP. Su trabajo ha sido premiado y exhibido en numerosas exposiciones nacionales e internacionales. Es docente en la Universidad La Salle de Pachuca, Hidalgo. Cuenta con un proyecto personal de artículos de autor bajo su propia marca.



Susana está enamorada de un chico que conoció a través de las redes sociales y parece ser perfecto, pero Erandi, su mejor amiga, no está tan segura de que lo sea. Esto pondrá su relación en peligro, pero sólo la fuerza de su amistad podrá salvarlas.

Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de niñas, niños y jóvenes a través de atractivas historias que motiven la reflexión y la participación activa en la sociedad.